"El mar, donde más cambia es en las orillas, donde ninguna ola es igual a la otra"
Michel de Certeau

Suplemento
CULTURAL



Rafael Cuevas Molina

Giselle Rodríguez

Maureen Barrantes

El *Suplemento Cultural* es una publicación del Instituto de Estudios Latinoamericanos (IDELA), de la Facultad de Filosofía y Letras, y del Programa Identidad Cultural, Arte y Tecnología (ICAT), del Centro de Investigación, Docencia y Extensión Artística (CIDEA). Correspondencia, observaciones, sugerencias y colaboraciones se pueden hacer llegar al apartado postal 86-3000 Heredia, COSTA RICA, o al correo electrónico rmolina@una.ac.cr

Se acepta canje.

NÚMERO

17

Julio 1994

EL SUPLEMENTO CULTURAL EN INTERNET:
www.icat.una.ac.cr/suplemento_cultural/

UNA UNIVERSIDAD NACIONAL COSTA RICA

Sociedad y ambiente en perspectiva científica.

Emilio Vargas Mena



Una de las características sobresalientes de la cultura contemporánea es la presencia central, tanto en el discurso erudito como en las preocupaciones de la vida cotidiana, del tema del ambiente. Eduardo Mora Castellanos, quien es profesor en la escuela de ciencias ambientales de la Universidad Nacional, publicó recientemente el libro "Claves del discurso ambientalista" que es comentado en el Suplemento Cultural por Emilio Vargas Mena.

El lenguaje relativo al ambiente discurre hoy sin cesar por las más variadas esferas de la sociedad, asumiendo diversas formas y matices según sean los interlocutores y sus finalidades. En la construcción de ese discurso -el discurso ambientalista- participan prácticamente todos los sectores sociales. Campesinos, científicos, empresarios, políticos, tecnócratas, artistas y escritores, individualmente y en grupos organizados, contribuyen a formar una constelación conceptual caracterizada por ser imprecisa, diversa y ambigua.

La elaboración de un cuerpo sistemático de conceptos, hipótesis y teorías relativas al ambiente (incluida, claro está, la relación sociedad-naturaleza) es una tarea propia de la ciencia. El que se trate de una sola nueva ciencia (la ciencia ambiental, síntesis de todo el conocimiento relativo a ese objeto de estudio) o de la síntesis de los aportes de diversas especialidades de las disciplinas ya existentes, está en discusión.

El ambiente -por su naturaleza de totalidad- sólo podría ser conceptualmente reproducido a partir de un esfuerzo de integración de conocimientos relativos a su multidimensionalidad. Una sola ciencia que cuente hoy con tal perspectiva no existe. La ecología, ciencia de síntesis por antonomasia, no logra integrar con fundamentos epistemológicos y teóricos apropiados, el conocimiento relativo a las dimensiones sociales del ambiente. La disciplinariedad especializada -tanto de las ciencias naturales como de las sociales- sigue reproduciendo la realidad en forma parcial, mutilándola en objetos de estudio separados sólo en el laboratorio o en los informes de investigación.

En esas condiciones, el discurso más cercano a un enfoque científico sobre la cuestión ambiental se ha limitado a los numerosos estudios técnicos -tipo diagnóstico radiográfico- sobre el impacto ambiental de actividades humanas. Estos se realizan con la finalidad, generalmente explícita, de orientar la toma de decisiones para el manejo de los recursos naturales (todos conocemos las llamadas "evaluaciones rápidas" o los estudios de impacto ambiental-ElA-). Este enfoque adquiere diversas connotaciones según se le enfoque desde las oficinas del Estado, de una transnacional, de las ONG's o de las mismas universidades. Más pragmática que teórica, esta orientación ha sido omisa en el planteamiento de problemas

relativos a la construcción de una ciencia del ambiente: aborda el objeto de estudio de manera sectorial, sin contar con marcos conceptuales de integración de la realidad y acumula casi obsesivamente datos empíricos de calidad diversa, pero sin formular hipótesis científicas.

El actual discurso sobre el ambiente, científico o no, requiere pues de "claves" para su desciframiento. El libro de E. Mora (1994) recién publicado, atípico y original en el conjunto de la producción intelectual costarricense, aporta un conjunto de breves ensayos críticos y elaboraciones conceptuales, todos dentro de una perspectiva de avance hacia una ciencia integrada de los hechos ambientales.

El autor da contexto a su propuesta conceptual -médula del libro- con dos ensayos introductorios que exponen su caracterización del discurso "ambientalista". En el primero arguye que la construcción de un conocimiento científico integrador sobre el ambiente ha encontrado sus límites en el marcado énfasis que la Ecología ha tenido en el estudio de los fenómenos naturales y no sociales, pero que, de todos modos, esa ciencia habrá de constituirse en la base que integraría los aportes de otras disciplinas (economía, sociología, agronomía, etc.) que actualmente desarrollan conocimientos particulares sobre el ambiente. El segundo ensayo ejemplifica un caso costarricense de imprecisión metodológica y conceptual en el intento infructuoso, según Mora, de aplicación de la teoría de sistemas en la estrategia de conservación y desarrollo sostenible (ECODES). Ambos ensayos introducen al lector, de manera crítica, en el controversial terreno de la epistemología y método de la ciencia relativa al ambiente.

El siguiente conjunto de escritos (un ensayo, un entramado conceptual y un informe de investigación con fundamentos empíricos) intentan dar una paso inicial de relevancia teórica hacia una disciplina integradora del conocimiento ambiental. El ensayo especula sobre la pertinencia del concepto de tecnología, el cual, metafóricamente, queda asimilado a la condición de construcción efímera de realidades -poco después destruidas- del fuego. La tecnología es construcción-destrucción y, sobre todo, "contranatural". El concepto se perfila aquí como el puente teórico e histórico para interpretar la relación sociedad-naturaleza. Sin la tecnología, tal relación no es posible y tampoco su inteligencia.

La trama conceptual se funda sobre los dos conceptos básicos de sociosistema y ecosistema, los cuales, a través de la tecnología entran en relaciones antagónicas diversas. Tales relaciones son aprehendidas teóricamente a través de otros conceptos que el autor ubica en distintas coordenadas de su entramado. Este esfuerzo teórico, con un grado de elaboración todavía limitado (no alcanza, por ejemplo, a integrar conceptos relativos a la dimensión política), busca orientar el análisis de la actualidad ambiental. Para ello se acompaña de una matriz tematizadora que ordena, en términos teóricos, la información relativa a los hechos ambientales (la explotación y uso del medio ecológico, los tipos de conflictividad ambiental y los tipos de discurso y de acción social que resultan de los primeros). El informe de investigación sobre el paisaje central de Sarapiquí lleva la trama conceptual a un enfrentamiento directo con una realidad local: la simplificación de los ecosistemas naturales a través de la tecnología agrícola en un espacio concreto claramente delimitado. El lector encontrará en estas páginas una síntesis apretada de los patrones de uso y explotación de los ecosistemas en esa zona de Costa Rica, hecha sobre la base de incursiones personales en el campo para recolectar información empírica. Sin embargo, la conflictividad ambiental resultante y los discursos y acciones relativos a ella en los diversos campos de la política local, regional y nacional no son allí analizados.

El pequeño volumen concluye con dos ensayos que acercan al lector al análisis de los discursos y la acción política relativa al ambiente. En el primero, el autor sostiene acertadamente la tesis de que el desarrollo sustentable no es más que un concepto-estrategia, al cual quedan subordinados otros conceptos con una trayectoria histórica anterior como protección ambiental y derecho a un ambiente sano. El desarrollo sustentable, como concepto estratégico, se torna claramente dominante, aunque no exista ni como teoría sistemática del desarrollo, ni como realidad palpable en ninguna parte del planeta (a excepción quizás de territorios bajo acoso, muy localizados como podrían ser los indígenas).

En el último ensayo Mora plantea la controversial tesis -para algunos aludidos, insultante- de la dilución del movimiento ecologista en las esferas tradicionales del poder y de la ideología que le acompaña, es decir, en el desarrollo sustentable. Carentes de una base científica apropiada -pues ni siquiera existe esta en el medio científico- y carentes de una caracterización de su enemigo (que todo movimiento social requiere para su consolidación), el movimiento ecologista estaría corriendo el riesgo de quedar quebrado, con algunas ilusiones amarillas y con una ruta al frente y hacia arriba pero que nos conduce al mismo sitio, como sugiere el arte fotográfico de C. Jinesta en la portada del libro. Allí tampoco -es obvio- existe el desarrollo sustentable.

La ronda de las lunas. Magda Zavala



Yo nací pocos meses más tarde. La mujer entonces no se daba cuenta aún de su germinación íntima (unos van hacia la vida mientras otros enfrentan el pelotón de fusilamiento, así es este círculo quizás sin fin). A ella le tocaba bordar las sábanas eternas, unas inmensas como pampa, otras diminutas de telas aptas para cualquier emergencia, de todos los miembros de la telaraña familiar. Cosía y cosía y a veces se dejaba seducir por la gana de dar toques alegres a la blancura que sería pronto el desvelo de los lavanderos. Bordaba una rosa con pétalos carnosos, o grupos de rositas apretujadas de varios tonos lila o celeste pálido y soñaba con el ramo que había llegado una vez para su cumpleaños, rompiendo el anonimato de la fecha con la sorpresa de las tías y primas, guiños y preguntas sonrientes. Volvía también el sabor amargo de su esperanza hecha añicos cuando, después de un rosario de averiguaciones, supo que no venía de él, sino del otro, del viejo que la perseguía día y, de poder, noche para santificarla y acabar así su larga soltería dedicada a la acumulación de tierras e instrumentos para la crianza del ganado. Imaginaba al gamona cubierto de herrajes, arrugas y sudor, aunque hacía un tiempo venía siendo más cuidadoso de su porte, para estar a la altura del prestigio que había ganado con su nueva condición de munícipe.

Si por Ulises hubiera sido, ella jamás habría disfrutado la emoción de una serenata ni el gusto de recibir una fotografía dedicada ni el placer de aspirar por las noches las delicias de una colonia en un pañuelo cómplice. Ulises Fernández definitivamente tenía poco que ver con esos románticos rezagados que todavía echan de menos el caballo, la capa y el sombrero. Para él las flores sirven en cuestiones decorativas o cuando es necesario alguna diplomacia, así que no imaginaba cómo llegó a creer que fuera él quien buscaba hacerla pasar su día distinto a los otros que solían escurrirse idénticos, como los gemelos García, salvo cuando había un bautismo, un matrimonio, una vela.

Entonces sintió el ardor en la punta del dedo y lo sacudió con fuerza, no fuera a ser

un bendito alacrán, contra el viento fresco del atardecer. Una gota roja cayó temblando sobre la tierra recién llovida, en calma tras la tormenta que se había ido dando tumbos más allá del horizonte que parte el mar. Una gota sobre el polvo caliente habría podido desaparecer muy pronto, pero esa tarde los raudales de octubre habían saciado la sed que provoca el calor invernal y las aguas partían, en cauces nuevos, hacia la acequia y de ahí, conformistas, hasta el azul revuelto con promontorios líquidos. Así que la mancha quedó allí por un tiempo largo que le permitió soñar con unas redondas o pescuezonas, tinajas con dibujos geométricos en tinte carmesí…

Pronto sobrevino una leve oscuridad que la llevó a encender luces y fue mujer en la ventana del pueblo cercano al mar, ilustre cuando los tiempos de conquistadores y colonos. No es una ventanuca con rejas atrapadas por la piedra en la planicie de un país brumoso, ni ventana de mujer que espera ansiosa el resonar de castañuelas, ni ventana caribeña que ve pasar el carnaval. Esta mujer deja rodar el sueño mientras calcula las implicaciones de que algo tan suyo se haya mezclado con el barro original. Las imágenes que había grabado la pena por el amor perdido, más lentas y punzantes que la aguja, a veces, otras precipitadas y ansiosas, como si no fueran a encontrar más momentos, no la dejaban en paz. Daba de rato en rato la espalda al atardecer para unir las telas con la ayuda de la máquina, pero se cansaba pronto del ronco martilleo lineal y volvía a sacar partido de los hilos para calar primores acuarelas.

Le habían dicho que de su capacidad para reunir el algodón en la tela inmensa -mortaja, ajuar o refugio para el amor-, de su especial cuidado por romper la monotonía del blanco con colores discretos, dependía el prestigio de mujer con marido ausente que debía volver un día, si hubiera sido realmente su marido, para encontrarla bordando alegorías sobre el blanco neutral.

Ella debía rechazar a los pretendientes aunque la disposición irremediable al placer, viva sobre las prohibiciones, la hiciera evocarlos por las noches, cuando un calor violento le arrancaba sumisas lamentaciones y no quedaba más que verse los ojos en la luna de acero, de vuelta al corazón del caracol, mirarse con ternura los senos duros y morenos, la pequeña redondez del vientre, la orquídea de montaña, tibia y húmeda, entre las piernas y gozar con la única libertad que no logran reducir las malas lenguas ni los artículos de ley hechos para la mujer con marido ausente o sin marido. Ella debía proteger su fama, nombre y estigma, marca obligatoria. El pendón inmaculado de la buena reputación ondearía al regreso del marido que entonces podría aceptar con gloria todas sus aventuras. Pero ella no tenía marido, y aún así, debía obligaciones.

Conquistar la ciudad es sin duda una de las más grandes aventuras para los hijos de hacendados. Ulises iba a la universidad que desde el pueblo parecía enorme cerebro sagrado, eternamente vivo dentro de un vaso de cristal. Hacía cuatro años ella también pudo haber ido a la ciudad, pero mejor esperaba allí, a pesar del riesgo; nunca habría pasado por la vergüenza de insinuarle que quería acompañarlo.

Lo vas a perder- decían las tías, apenas despegando los ojos del devocionario.

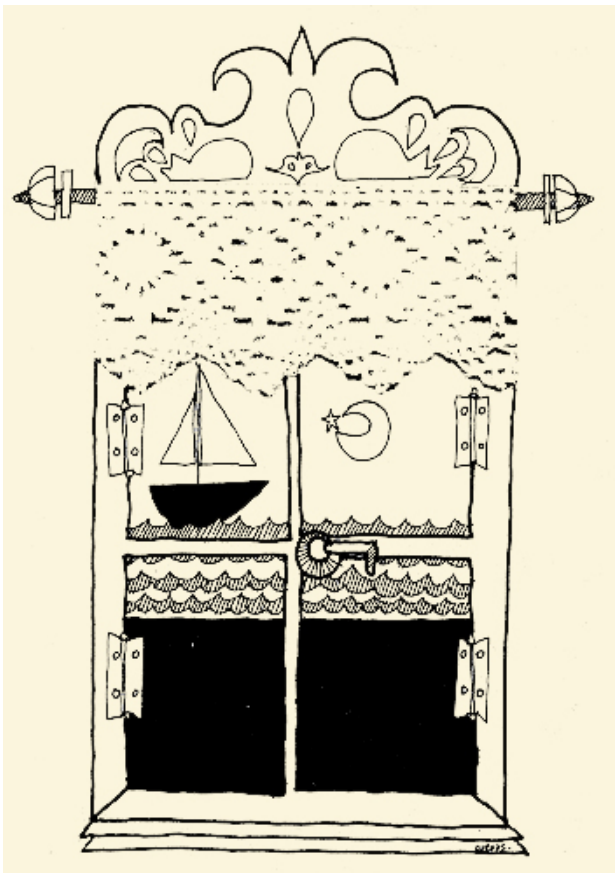
Y le dedicaban una observación cotidiana que tenía ribetes de persecución y secuestro. Las damas del Sagrado Corazón Lacerado de María, presididas por su tía Inés, hábil para manejar la piedad de sus amigas rezadoras en pro de las obras de la Casa Cural, pretendía arrancarle su lealtad con el placer. Decían, entre cuchicheos, que no era bueno eso de andar con los labios pintados y llevando vestidos de sedas alegres, que así jamás la verían dedicarse sin ansiedad a los telares. De seguir por ese camino, ella nunca llegaría a aceptar los diseños conocidos, como todo el mundo, preocupándose sólo por calcar bien y rápido.

Al principio Ulises iba y venía. La ciudad siempre queda lejos... Luego se fue haciendo bicho de ciudad. Ella lo vio ponerse poco a poco distante y empezar a corregirle palabras que antes eran también suyas: lo vio tomar el estilo del muchacho de las películas. Ulises sabía correr entre los obstáculos humanos por las calles, había aprendido a desoír el concierto de bocinazos y gritos y la irrupción de las sirenas, así como el salmodioso ruido de las máquinas que trabajan, de motores en marcha y pregoneros. El le iba contando las cosas de allá, mientras la abrazaba frente al mar, en el tiempo en que todavía la acariciaba con cierta ternura ausente que la dejaba francamente insatisfecha. Pero Ulises sí llegaba a emocionarse cuando le explicaba con detalles cómo se fue adueñando de la ciudad y lo bien que se sentía allá. Se había limpiado por dentro de temores y había alcanzado el aplomo del conquistador. Los atrasos que dejó la guerra civil, si aquello fue una guerra, y hasta las cicatrices del rencor comenzaban a borrarse en aras de la modernización del país y la convivencia democrática.

Ulises sacaba dotes de orador cuando hablaba de cosas como los derechos civiles, las garantías sociales y la eliminación del ejército; hasta la reforma agraria -que escandalizaba a don José Fernández- le parecía deseable para mantener el clima de tranquilidad y de progreso. El le contaba cómo se iban cayendo apuradas por las máquinas, las casonas de adobes, las casas de madera antigua con corredores en el segundo piso, las mansiones solariegas y los pocos edificios nuevo imperio, los árboles de cien años y los árboles nuevos y cómo abatieron también algunos parques estorbosos y se acabó el tranvía (sólo habían quedado cabos discretos de línea sobre el cemento de las vías públicas).

¿Ves? Estamos borrando los restos de la colonia -se enorgullecía mientras lanzaba la última bocanada de humo y trituraba la colilla contra el suelo.

Su hombre soñaba con una ciudad cosmopolita que llegaría a competir honrosamente con otras capitales de América; a ella le daba igual botar el pasado a culatazos de máuser que a dentelladas derruidoras. El se sentía testigo del advenimiento del progreso y en consonancia con el triunfo de los espíritus pragmáticos; mientras, seguía mostrándole planes y más planes para el futuro inmediato y celebraba lo bien que le iba en los estudios. Ella pensó que Ulises era de los que siempre sabían estar donde era oportuno, y en buena hora, porque se las arregló para dejar atrás, sin muchas ceremonias, las tradiciones mariachis de su familia y volverse buen socialdemócrata de la Juventud, con sitio en la dirigencia.



De la arquitectura desigual que empezaba a levantarse como muestrario de desproporciones mezquinas, Ulises prefería los edificios que en algo pudieran parecerse a los que había visto en Texas, en su único viaje al exterior hasta ese momento, y de eso hacía su tiempo, cuando fue a acompañar a don José para un examen más detenido de las pleuras. Sentía también un interés especial por los ascensores. Era una preferencia secreta. Lo atraían y aterrorizaban al mismo tiempo. Entonces se esmeró por aprender bien los mecanismos, visitando ascensores de diferente importación. Así supo que los ingleses, parecidos a jaulas, ya no tenían demanda ni en el Caribe, y que los norteamericanos eran bastante garañones y sin gracia. Y así siguió haciendo su lista de ventajas y desventajas, presionado por la idea de encontrarse un día en caída libre o prensado entre dos pisos, o que en algún momento fuera a sorprenderlo la puerta cerrándose antes de la hora. Por eso cada vez que pone el pie en terreno seguro, lanza un suspiro de alivio. Y eso le pasa todavía hoy, cuándo lo espera la comodidad de la oficina y el cafecito de las nueve; aunque no faltan inquietudes, por ejemplo, la llegada de esa nueva secretaria. Su mirada... ¿Sería familia?

Por ese tiempo volvió a recordarla. Es raro, se dijo, recordar sin sensaciones. Ella nunca estuvo en su nueva vida. Allá se quedó esperando su regreso, si es que esperó; las mujeres han cambiado y cualquiera puede dejar una semilla regada... Ella se habría dado cuenta en seguida sin que él hubiera tenido que decir ni media palabra. ¡Para qué las palabras en estos casos! Simplemente ahí no había lugar para ella, era evidente. Fuera del Golfo, habría ido perdiendo su encanto y las cosas seguramente se habrían deteriorado de manera más dramática. Se preguntó sin sentir ninguna culpa, si alguna vez había pensado verdaderamente regresar; no estaba segura, aunque juraría que alguna vez lo consideró en serio, y hasta anotó en la agenda fechas posibles.

Ahora no recordaba casi si le dio plazos o no; sin darse mucha cuenta se habían ido escurriendo las ilusiones, hasta que sólo llegó a tener gusto por paseos cortos fuera de la ciudad, incapaz de abandonar por mucho rato el cine, los bailes en el Parque Central, los paseos por la Avenida, las reuniones con amigos, el trabajo en el Partido... Los arrozales en flor, las olas al atardecer, las lunas llenas, todo eso llegó a ser cosa de otro mundo, algo que podría haber no existido... ¡Cómo iba a existir en este siglo semejante mujer, atada a un telar, hilando y deshilando para dar tiempo al tiempo! Además, él nunca prometió nada, ni ella le pidió firmas, mechones de pelo o fotos, sin duda tenía su carácter, aunque era difícil saber si pudo conocerla más allá de la manera briosa de echarse al mar, entre risas sin barreras, francamente feliz, con la misma espontaneidad con que se ponía y quitaba su ropa íntima.

¿La conoció Ulises de veras? Ya no viene al caso, el resultado fue el mismo. Yo estuve en la tibieza salada de un mar interior. Con mi ojo enorme sin pestañas, abierto a la oscuridad del vacío indiferenciado; fui un mutante que dormitaba quizás, quién puede negarlo, entre imaginaciones, con los miembros recogidos bajo la sombra gigante de un cráneo blando, dando tumbos pequeños en la cámara redonda, mientras espera. ¿Esperar qué? ¿Una débil certidumbre? ¿Sabría algo de la transitoriedad? Y si algo sabía, ¿por qué no llegaban las señales, o yo nunca supe que eran señales? Debía yo franquear del sueño, dejar ese rincón seguro para ir hacia la luz incandescente, las habitaciones modernas con golpes de neón, hacia las bocanadas de sonrisas mercantiles.

No sé cuánto padeció la mujer antes de desbordarse, antes de dejar su gravedad, el dolor inmenso que se le hundía en el pecho. De eso no quiso hablarme, sólo me dijo que un día decidió cancelar definitivamente las esperanzas, no podía seguir más haciéndole el juego al que se fue. Una vez segura, echó doble cerrojo a la puerta y se puso a romper una a una las cartas, releyendo parrafitos con promesas, descripciones repletas de asombro, comentarios políticos y proyectos y se dijo que ese era el fin del espejismo, ya no andaría metiéndose en sueños ajenos ni creyendo en santos que orinan y que además la vida es sólo una y no podía permanecer plantada ahí, para que le siguieran creciendo raíces, ni tenía por qué amparar con excusas a quien no se detuvo un minuto a mirar lo que dejaba atrás.

Una mujer debe acostumbrarse a no darle cuentas a nadie -se dijo, limpiándose con firmeza unas lágrimas necias que insistían en salir- y para mí ya es hora, mejor así.

Y cerró las hojas de la ventana, el costurero y la máquina, recogió retazos y pasó la escoba. Luego cubrió con sábanas los muebles, sin fijarse hacia dónde daban los bordados y aseguró cuidadosamente la puerta.

Setiembre de 1986